

respiratorio. Necesitan los pulmones dilatarse de vez en cuando como los músculos de un hombre que se despereza; el suspiro es al pecho lo que el bostezo á la boca; una inspiracion más amplia, y por consiguiente una aspiracion más ruidosa. Un fuelle que toma mucho aire y suelta mucho aire. Hé ahí todo.

—Hablas como un libro, dijo Matusalem, y pasaria la tarde oyéndote sin pestañear, si no temiera arrancarte de la cabecera de algun enfermo que acaso en este instante te espera, decidido á morir si tu ciencia no se toma la molestia de curarlo. A un médico no se le debe detener nunca; van siempre deprisa, como si la muerte les persiguiera.

Cogió Guillen su sombrero con el aire del hombre á quien llama un deber imperioso y urgente, y Miguel, que se habia tendido nuevamente en el divan, le dijo:

—Ya sabe V., señor doctor, que comemos á las siete en punto.

Medina no parecia dispuesto á marcharse, y Matusalem, despues que hubo salido el

doctor, le dirigió la palabra en estos términos:

—Cuando veo aquí tan tranquilamente al agente de bolsa más activo que se conoce en Madrid, mano sobre mano, supongo que los negocios estarán paralizados.

—Los negocios, contestó Medina con todo el aire de un hombre que juega *en firme*, están ya hechos.

—¿A la baja ó á la alza? preguntó Matusalem.

—A la baja, contestó sencillamente el agente de bolsa.

—¡Bravo! eso significa que hay mar de fondo.

—¿Has oido algo? preguntó Miguel echando una pierna sobre otra.

—Sí; ha llegado á mis oidos una version alarmante..... Se decia que Francia y Prusia estaban á punto de venir á las manos..... Esta especie comenzó á circular á las dos y media..... dándola consistencia ciertas palabras misteriosas y sombrías, pronunciadas por un ministro al abrirse la sesion del Congreso y ántes de entrar en la órden del dia;

así es que la cotizacion se ha cerrado.....

— En baja, añadió Medina interrumpiéndole.

— Eso es, prosiguió diciendo, en baja..... cinco céntimos..... Supe esto casualmente, y me fuí al salon de conferencias del Congreso, donde se hablaba de lo mismo, y empecé á creer que estábamos, como quien dice, á las puertas del gran conflicto europeo; mas..... llegaron nuevas noticias, que corrian en voz baja y que explicaban el caso.

— Cuenta, cuenta, dijo Medina.

— Pues se decia..... Ya sabeis vosotros la lucha financiera..... la rivalidad bursátil que existe entre Agudo y Redondo.

— Sí, sí, contestó Medina; estamos al cabo de la calle.

— Pues bien; parece que Agudo es el autor solapado de esa falsa noticia, con el fin de comprometer á su contrincante en una jugada á la baja, miéntras él jugaba á la alza por bajo de mano.

— Eso no es posible, gritó Medina. Hay una porcion de circunstancias que atestiguan la exactitud de la noticia..... Yo mismo he

visto el despacho telegráfico que la asegura. Está fechado en París, y habla en términos convencionales, bien claros y terminantes para el que esté en el secreto.

— Siempre hay circunstancias, replicó Matusalem, que vienen á dar crédito á la mentira..... En cuanto al telégrafo, es una voz anónima, que puede mentir á mansalva. Sin embargo, yo no hago más que repetir lo que he oído.

— Vamos, exclamó Miguel sentándose. Veo, señor agente, que, cuando ménos, nos hemos metido en un negocio peligroso.

— No creas semejantes paparruchas.

— Paparruchas ó no, el caso es que al salir yo del Congreso, hace quince minutos, se estaba redactando una proposicion incidental para arrancarle al Gobierno una declaracion terminante. En este momento se estará discutiendo. De manera que, si aprietas el paso, puedes llegar á tiempo y enterarte de todo, trayéndonos á la noche noticias seguras.

— ¡ Oh! sí, exclamó Medina. Friolera..... el asunto lo merece, y á mí no me gusta que

nadie me cuente las cosas. Voy..... vaya si voy.....

Y cogiendo el sombrero, se lo encasquetó, echándoselo hácia atras, como dispuesto á lanzarse á la carrera.

Sin más despedida, ganó la pieza inmediata, cruzó otras várias que le salieron al paso, y se precipitó por la escalera, murmurando :

— Diez millones perdidos de una mano á otra..... imposible..... imposible.

Sonrióse Miguel y dijo á Matusalem :

— Va como perro con maza.

— Déjalo que corra..... y se descuerna..... puesto que ha sido tan ligero para meterte en un mal negocio.

— ¿Tan malo te parece?

— Todo negocio en que se puede perder algo es malo, y en éste puedes perder mucho.

Volvió Miguel á tenderse sobre el divan, al mismo tiempo que decia :

— ¿Sabes que eso de verme arruinado deberá hacerme poca gracia?

— No me cabe duda; ¿pero á tí qué te importa eso, cuando estás tocando con la

mano una renta de seis millones de reales? Eso deberá estar muy adelantado..... por ahí se dice que ganas terreno de una manera formidable.

— Las cosas marchan perfectamente, contestó Miguel..... mas no me desvanece tan prodigioso triunfo, y comprendo mi verdadera posicion. La criolla aprovecha mi resentimentó para hacerme instrumento de su venganza..... porque ella lo que quiere es vengarse del Duque.

— Vengarse del Duque..... di más bien deshacerse del Duque..... porque, resentida, á su vez, de una conducta que la puso en ridículo á los ojos de mucha gente, le ha retirado su estimacion, si es que llegó á concederle alguna. Ella, por su parte, no se determina á romper abiertamente el compromiso contraido por las familias, porque habria de fundarlo en algo, y es demasiado orgullosa para confesarse ofendida. Además, á su madre le halaga la idea de verla duquesa, y esta circunstancia algo ha de pesar tambien en su ánimo. En tal situacion, impone al Duque las más duras humillaciones,

para que una vez estalle, y todo se lo lleve la trampa. Quiere, pues, un rompimiento, y lo provoca, pero no lo propone. Yo, por lo ménos, creo que éste es el estado de las cosas.

—Me inclino á tu parecer, del cual resulta que yo soy el instrumento de que se vale.

—¡Toma! exclamó Matusalem con impaciencia. Como ella es el instrumento de que tú te sirves..... Es un juego igual... no teneis nada que echaros en cara.

—Sí; pero á mí eso no acaba de satisfacerme.

—¡Hola! ¿Sientes que no te ame? ¿Sientes que no te adore con una pasión semejante á la pasión de la Marquesa?

Sonrióse Miguel con desdeñosa amargura, y su amigo continuó diciendo :

—¿O es que te has enamorado de la criolla como un pobre hombre?

—No; el corazón de esa mujer me es indiferente.

—Entonces, ¿qué más te da?

—Es que, dijo Miguel sacudiendo la cabeza, hay días, y hoy es uno, en que se

apodera de mí un vago desaliento, cierta amargura, que me aletarga, haciéndome ver singulares visiones. Vamos, te vas á reir, y con razón. ¿Querrás creer que me acuerdo muchas veces de Magdalena?

—Si estuviera aquí Guillen, exclamaria : ¡Fenómeno psicológico! Yo tengo un nombre más propio y más comprensible, y llamo á eso tontería.

Miguel abandonó el divan, y comenzó á pasearse por la estancia.

—Y el Duque, preguntó Matusalem, ¿cómo te se presenta?

—Como es natural..... frío, reservado y hasta agresivo.

—¿Y tú?

—Yo, impasible.

Si en la cara de este hombre, que conocemos con el mote de Matusalem, y á quien he tratado de bosquejar con sus propias líneas, habia algun rasgo donde pudiera mostrarse de algun modo la noble expresión del entusiasmo, ese rasgo lo aprovechó para animar su rostro, mortalmente frío, al mismo tiempo que exclamaba :

— ¡Es un soberbio, un magnífico desquite! Te escamoteó la novia, y tú le arrebatas la mujer..... trescientos mil suspiros, trescientas mil miradas, trescientas mil sonrisas..... ¡por trescientos mil duros de renta!.... ¡Oh! esto es sublime. ¡Una costurera por una millonaria!.... No costó á París tan caro el robo de Elena. Ahora lo que hay que ver es cuándo te casas.

Detúvose el jóven y afortunado millonario, y dejando caer una indolente mirada sobre el satisfecho rostro de su amigo, pronunció las siguientes palabras :

— Si me dejára llevar por una voz interior que suele hablarme, te aseguro que renunciaria á mi propósito, abandonando una partida que en efecto tengo ganada. Y ¡qué quieres! será una contradicción de mi carácter, una inconstancia de mi voluntad, dale el nombre que te parezca; pero no me atrevo á responder de mí..... Soy muy capaz de volver la espalda y dejar al Duque en tranquila posesion de la criolla y de su herencia.

Si recordamos el terror que al principio de la presente historia inspiraba al pulcro

Matusalem la derrotada presencia del oscuro huésped de la señora Gertrúdis, tendrémos una idea del espanto que pasó por su rostro atónito al escuchar las palabras del conquistador triunfante de la Vírgen América.

Mirólo de arriba abajo y de derecha á izquierda, como si tratára de identificar la persona, dudando si era aquél el mismo hombre, el mismo Miguel, ó era otro el que, suplantándolo, habia venido de la Argelia.

Despues de este exámen, que Lanuza sufrió con las manos en los bolsillos de su bata y la sonrisa en los labios, Matusalem se encogió de hombros, diciendo :

— O esa voz interior que tú dices que te habla es la voz de tu vanidad ó la voz de tu miedo.

— Explícate.

— Me explicaré: infero que no las tienes todas contigo; que no ves á la criolla en disposicion de hacerte resueltamente el sacrificio del Duque, y como hombre cauto, te preparas á una retirada á tiempo, ántes de exponerte á las contingencias de un fracaso.

—No sigas adelante, dijo Miguel. Espera que destruya tu primera suposición, y pasaremos á la segunda.

Decía esto abriendo un cajón de su mesa de escritorio, sacando una pequeña cartera de piel de Rusia, y poniendo en manos de Matusalem dos cartas, de cuyos sedosos sobres se escapaba un suavísimo perfume.

De uno de ellos sacó Matusalem un papel, igualmente perfumado, y desdoblándolo, leyó lo que sigue:

«Quiere V. saber el estado de mi corazón, y en verdad es V. muy curioso; pero esas cosas no se preguntan, se adivinan; y yo, francamente, he concebido muy buena idea de su viva penetración, y no espero que me dé V. el sentimiento de tener que renunciar á ella. Mi situación se hace cada día más difícil. Ese hombre se obstina en no desengañarse, y va á ser preciso que lo desengañemos. ¿Quiere V. saber más?»

—¿Y qué has contestado á esta carta, que vale un Potosí? preguntó Matusalem.

—He contestado una tontería.

—Me estremeces con tus palabras, por-

que es muy posible que hayas hecho un disparate. Vamos, di, ¿qué has contestado?

—¿Qué se yo! Se me fué la pluma, y le envié una declaración en regla.

—¿Respiro! exclamó Matusalem.

—Lee, lee la otra carta.

Sacóla de su sobre, la desdobló y dijo:

—¿Diablo! no puede ser más lacónica.

—Ni más sustanciosa, añadió Miguel.

La carta decía lo siguiente:

«Miguel, anticipese V. al Duque, pida usted mi mano, y yo le juro que la obtendrá.

—MERCEDES.»

—No creí que estuvieran las cosas tan adelantadas, porque esto es cosa hecha. La niña está decidida, y empiezo á creer que te adora. ¡¡¡ Trescientos mil duros de renta!!!..... ¿No te parece un sueño?..... Cuando eras un miserable, te decía muchas veces: Sacude esa miseria que te deshonra; el mundo se abre delante de tí como un paraíso. ¿Te engañaba?..... Ya lo ves; no hay más que tender el brazo, y la manzana de oro se ha venido á tus manos.

Como si Miguel no hubiera oído, ó no

hubiera querido oír lo que Matusalem le decía, siguió paseándose con indiferencia, y cuando el otro terminó, él dijo:

—Acabo de probarte que no es la voz de la vanidad la que interiormente siento que me habla.

—Sin duda alguna tu vanidad debe estar satisfecha; retiro, pues, mi primera suposición. Añade ahora que has presentado muy formalmente tus pretensiones á la señora de Vegahonda, y retiraré la segunda.

—Piensa de mí lo que quieras, pero yo no he presentado pretension ninguna.

—¿Por qué?

—Porque es un paso que se me resiste..... Tuerce el gesto cuanto quieras, arquea las cejas hasta ponerlas en el techo, pero ese paso, no solamente se me resiste, sino que me repugna.

—Entonces, replicó Matusalem, mi segunda suposición se levanta invencible. La voz del miedo es la que resuena en el fondo de tu alma pusilánime.

—¿Miedo á quién? preguntó Miguel.

—Miedo al Duque.

—¡Oh! exclamó el cazador de leones, sacudiendo su magnífica cabeza.

—No te asombres. El miedo no se nos presenta nunca con la cara descubierta; se esconde en nuestro corazón, y desde allí suscita dudas é hilvana sofismas, con los que consigue muchas veces ladearnos de peligros reales ó de peligros imaginarios. Tú te has convencido de que el Duque no es hombre que se deja arrebatar fácilmente la mujer y la fortuna, y has comenzado á persuadirte de que es una injusticia interponerse en su camino y quitarle de las manos la felicidad que le corresponde por el compromiso ajustado entre ambas familias. No me sorprenden esos escrúpulos, y casi casi los respeto; y digo más: si quieres tranquilizar por completo tu conciencia alarmada, debes confesar tu culpa, pidiendo perdón al Duque de haber pensado quitarle la novia, consagrando el resto de tus días á recordar á la hermosa Magdalena, que el Duque te escamoteó con toda la habilidad de un prestidigitador consumado.

Hizo una breve pausa, como el pintor

iv.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA

"ALFONSO KEYES"

Año 1825 MONTERREY, MEXICO

que apartando el pincel del lienzo contempla su obra, calculando el efecto del cuadro que bosqueja; y viendo que Miguel seguía paseándose, sin tener nada que replicarle, añadió estas palabras, como el último toque:

— Y si á todo eso se une algun golpe dramático de la Marquesa..... una cita por ejemplo, una entrevista misteriosa, en que los suspiros, las lágrimas, las frases de efecto acaben de persuadirte, entónces no podrás negarte el título de doblemente generoso; cediste á Magdalena, que era un ángel, y cedes despues á la criolla, que es un tesoro.

— No prosigas, exclamó Miguel con aparente calma, porque hay en tus palabras un veneno mortal que enciende mi sangre..... y desde ahora te aseguro que no seré yo el que pida la mano de la señorita de Vegahonda.

Rascóse Matusalem la cabeza, y dijo con fingida indiferencia:

— A tu gusto, mula; pero me parece que tu estúpida resolución no ha de privarnos de dar esta tarde un par de vueltas por el Prado. Son las cuatro y media. Vístete, pide

la carretela, y vámonos á tomar el aire, cosa que te sentará muy bien, pues se conoce que tienes la cabeza demasiado caliente.

Miguel se entró en su cuarto de vestir, y Matusalem se quedó solo, inquieto y meditando.

— ¡Demonio! ¡Demonio! decía entre dientes. Es tan bruto, que hará lo que dice, y en ese caso..... adios, proyecto; ¿y cuándo? ¡Bah! Cuando todo se presentaba admirablemente, cuando la Marquesa está á punto de caer, cuando le tenía preparado el golpe mortal..... en una palabra, cuando no tenía escape. Esto se pone malo, muy malo. Si la Marquesa se decide á dar el último paso, es asunto perdido..... Necio de mí, añadió dándose una palmada en la frente; viene ella misma á ponerse en mis manos, y la dejo que se escape. Debí acceder á sus deseos sin condicion ninguna; debí engañarla, para tenerla sujeta; esta torpeza me va á costar cara; quise ser leal, y he sido un tonto.

— ¿Qué murmuras ahí, culebra del infierno? dijo Miguel saliendo completamente vestido.

—Estaba pensando cómo demonios vas á eludir el compromiso en que te has metido con la criolla.

—Tengo una razon poderosa, contestó Miguel poniéndose el sombrero; una razon de delicadeza para excusar mi negativa, ó por lo ménos mi resistencia, á pedir su mano, y consiste en que no puedo hacerlo dignamente miéntras permanezca en pié el proyecto de matrimonio entre Mercedes y el Duque.

—Pero, imbécil, replicó Matusalem con vehemencia; si ella lo que quiere es que tú la saques de ese compromiso, ó por lo ménos que la pongas en situacion de elegir, para elegirte á tí.

—Pues ahí tienes una cosa que no haré nunca.

Matusalem cogió su sombrero y salió delante, andando de un modo dudoso, como el que no está seguro del terreno sobre el que pone el pié. Así es que Miguel lo contempló un instante, y se echó á reir, diciéndole:

—¿Te hacen daño las botas? Parece que andas como una araña que le han barrido la tela.

---



---

## CAPÍTULO VI.

### La madre y la hija.

Francisca es una negra que en el momento á que hemos llegado en el relato de nuestra historia, habria cumplido á lo sumo doce años. Su rostro de ébano habria sido un modelo en su género, si la nariz, ligeramente aplastada, y los labios, un tanto abultados y salientes, no quitáran á la redondez de sus mejillas y al suave contorno de su fisonomía la gracia de la adolescencia; mas, en cambio, su mirada, dulce como la caña de azúcar, y la blancura de sus menudos dientes, la hacian sumamente agradable.

Pendian de sus orejas enormes arracadas de oro macizo, y su pelo de pasa, recortado en redondo, cubria su cabeza, apretándose trabajosamente, dividido en dos partes iguales.